

EL REBELDE

PERIÓDICO ANARQUISTA

Dirección: J. MAYORKA, Casilla Correo 15, Bs. As. — Se publica por suscripción voluntaria

El movimiento anarquista

LA PROPAGANDA EN PARÍS

ESCUELAS Y CONFERENCIAS LIBERTARIAS

París, Agosto 9 de 1899.

Señor director de *La Nación*:

«¿Qué importa, si el gesto es hermoso!»—Así decía el gran poeta anarquista Laurent Tailhade cuando lo levantaron casi moribundo de entre los escombros del *Café Terminus*, víctima él también, con otros pacíficos consumidores, de su correligionario Henry. Pero «el gesto» fué tan bestial en el caso de la dulce emperatriz de Austria, blanca Elisabeth sembrando rosas, que yo hubiera aplaudido en aquel momento cualquiera violencia, no digo tortura, ejercitada por los gobiernos contra los agitadores libertarios. Y conmigo fueron muchos los que renegaron de ciertas tendencias, de ciertas tolerancias ó de cierto dilettantismo que les hacía mirar con simpática curiosidad las seductoras doctrinas de Krapotkine y de Reclus.

Esto mismo le manifestaba el otro día á un amigo mío, muy interiorizado en el movimiento, del cual es uno de los más activos y más sabios propagandistas.

—¿Qué quiere? me contestó. Siempre ha habido fanáticos. Para no remontar el curso de la historia, ¿no hay actualmente gentes que matarían con gusto á Dreyfus?

Vi que la conversación se planteaba sobre un terreno y dejé continuar á mi interlocutor, prometiéndome recoger para los lectores de *La Nación* datos sumamente interesantes, y referirles con la imposibilidad del fonógrafo, es decir, sin probar ó desaprobar, las ingeniosas teorías nacidas felizmente de otras necesidades sociales que las nuestras.

—Le abandono, pues, repuso, á los Luccheni y los Ravachol. No me puedo defender de cierta conmiseración para Vaillant, cuyo castigo fué exagerado, pues no mató ni hubiera podido, creo, matar á nadie, con su bomba infantilmente preparada. Su ejecución provocó los demás atentados. Pero en fin, no queremos la propaganda por el hecho. ¿Si supiera cuánto mal nos han traído estos locos! ¿Cómo no? Por causa de ellos tenemos las leyes que suprimen para nosotros, sin excepción, ricos ó pobres, sabios ó ignorantes, todas las garantías, no diré constitucionales, pero si humanas. Un gobierno que lo quisiera podría fusilar ó deportar á Jean Grave, á Sebastien Faure ó los hermanos Reclus, tan sólo por el crimen de pensar. Algunos se exasperan como este Etiévant...

—A propósito, interrumpi, ¿qué se ha hecho de su caso es lamentable. Los sabios del Instituto que intervinieron en su favor, dicen que se trata del más grande genio matemático que haya surgido desde Pascal.

—Es verdad: todo el mundo científico se agitó para que se le perdonara la vida. En un acceso de rabia, una crisis de los nervios, casi había muerto á un vigilante, sin motivo, sin provocación, por mero odio impulsivo á la institución policial, y á los cinco ó seis agentes más que habían acudido en auxilio del primero, los había poco menos dejado en igual condición. A Etiévant lo hacen trabajar y rabiar ahora en la Guayana.

—Supongo que lo ocuparán en las oficinas y tendrá, sin duda, una hora ó dos para continuar

sus investigaciones científicas, esperadas siempre como un acontecimiento.

—¡Oh! si envían á los anarquistas á la Guayana, es para que mueran pronto. Etiévant, como los demás deportados, terraplena caminos en las arenas y los pantanos, bajo el plomo del sol ecuatorial y el bastón del guardachusma.

—Le decía, continuó, que no queremos la propaganda por el hecho. Los atentados son individuales, y, por lo tanto, contraproducentes, mientras que la revolución social, como todas las revoluciones, debe ser colectiva, sucesiva y espontánea. Trabajamos la idea. Es tan hermosa, tan generosa y tan fundada en la verdadera naturaleza humana, á la vez que sobre todos los nuevos descubrimientos, que algún día ha de vencer por su propia fuerza. Es decir: que los convencidos, los conscientes, serán pronto la mayoría entre los que mueven la eterna masa popular. Desde el químico en su laboratorio, hasta el obrero que se abstiene de votar, muchos son anarquistas sin saberlo. Lo que buscamos es orientar todos los pensamientos libres, todas las voluntades rebeldes al dogma, á la disciplina impuesta. Nuestra obra se une á veces con la de los socialistas, pero sin confundirse con ella. Es posible que éstos lleguen á su fin antes que nosotros, pero su reino durará poco. Será una transición, pues una vez librado del clero y del militarismo, el hombre no soportaría una organización que lo reduciría al mero papel de hormiga ó de abeja. Spencer anhelaba un máximo de libertad con un mínimo de gobierno. Nosotros no admitimos gobiernos ni leyes. Nuestra fórmula es: El hombre independiente en la tierra de todos. Cada uno se agrupará con sus semejantes, según sus afinidades, sus intereses, su ideal y la naturaleza de sus trabajos.

—Todo esto es muy lindo, contesté. Pero entre la teoría y la práctica...

—¿Si la mayor parte de nuestro programa ya se ha realizado y se está realizando! ¿Qué eran las comunas en Suiza y Alemania? Existen todavía, como en algunos puntos de Rusia; aún cuando el influjo de la legislación romana tienda á suprimirlas. Y en Norte-América...

Mi hombre siguió dándome explicaciones y citándome estadísticas para probarme que nuestros hermanos bipedos eran ángeles capaces de formar algún día una comunidad ideal, fundada en la conveniencia recíproca, donde todas las fuerzas que están á nuestra disposición serían aplicadas, no á trabajos inútiles ó contradictorios, pero si á la producción de todo lo que necesitamos para la alimentación, el alojamiento, los vestidos, el confort, el estudio de las ciencias, el cultivo de las artes.

Viéndome un poco frío, agregé, cambiando la conversación: En todo caso, tenemos con nosotros al obrero reflexivo, el que no lee el *Intransigeant* ni el *Petit Journal* y que, en lugar de envenenarse en la noche con ajeno á tres sueldos, frecuenta las bibliotecas y las escuelas nocturnas. Hemos establecido en varios puntos de París y de Francia, escuelas libertarias, muy concurridas, y pronto fundaremos un gran colegio de enseñanza superior, para el cual Zola ya se suscribió con 100 francos. Ignoro si el ilustre escritor participa de todas nuestra ideas; pero, como él, muchos hombres de autoridad adhieren á nuestro pensamiento que es de formar hombres capaces de juzgar por sí mismos. Admitimos todas las opiniones, con tal que sean sinceras y personales, y no impuestas por el convencionalismo religioso y oficial. ¿Por qué no viene

conmigo una de estas noches á la biblioteca de la rue Titon, Faubourg Saint Antoine? No perderá su tiempo.

Fui dos veces y, lo declaro, quedé, doctrinas aparte, muy bien impresionado.

En el fondo de un patio, se ve un pequeño local compuesto de una sala y de un escritorio. En éste, sobre la mesa y los estantes, diarios, revistas y libros, pocos, pero substanciales. En la sala un pizarrón, un púlpito, bancos y taburetes de pino. El lujo consiste en carteles artísticos sobre la pared blanca, anunciando *Fecundité*, de Zola, y *Biribi*, de Lucien Descaves.

Pueden caber allí unas cincuenta personas. Están ya presentes diez ó doce concurrentes. Unos hablan del periódico que sostienen, otros discuten un problema de astronomía, otros se ocupan de la cuestión Dreyfus. Oigo estas frases «El asunto ha sido la piedra de toque. Sabemos ahora quiénes son los inteligentes y los justos».

Me han acogido cordialmente, sin afectación. A pesar del calor y de la fatiga del trabajo cotidiano, llegan más y más obreros. Algunas señoras. Todos limpios y bien vestidos, la mirada viva y la cara sonriente.

A las 9 principia la conferencia. Mejor dicho, es una charla. Tiene la palabra M. Albert Bloch, nuestro conocido de Buenos Aires, donde tan buenos recuerdos ha dejado en la prensa y en los círculos intelectuales.

El tema elegido es la Química dinámica. ¿No vayan á espantarse los lectores! No se trata de fabricar bombas, sino de un argumento eminentemente científico: La materia y la energía. El auditorio sigue con interés la exposición del «compañero» y sus demostraciones en el pizarrón. De vez en cuando una voz se levanta para formular una objeción ó pedir un esclarecimiento. No éramos tan libres en mi colegio ni eran tan atentos mis profesores. Es verdad que allá, bajo los frios muros de un convento, reinaba la ley inflexible de: *Magister dixit*.

Reconozco que fué más atrayente para mí la segunda sesión. Hablaba también M. Bloch y había escogido esta vez como tema: Calderón y el teatro español. Más numerosa que la semana anterior, la concurrencia escuchó durante dos horas el análisis de varias obras del autor de *La niña bobu*, y tan encantada quedó de la traducción de varios trozos, que pidió al conferenciante continuara su estudio en la reunión siguiente.

He concurrido también, el otro domingo, en Belleville, á una gran velada artística á beneficio de la biblioteca de enseñanza libre. Más de 400 personas, cuando la hermosura de la tarde las convidaba todas á descansar de la tarea semanal en los bosques de Vincennes ó en las praderas de Suresnes. Pero si faltaba aire en el gran salón de estrechas vidrieras, en cambio no dejó nada que desear la parte instructiva y recreativa. Cantaron ó recitaron versos los poetas de Montmarre Maurice Lucas, Von Lug, M. Bargas y artistas conocidos. Un joven, aficionado interpretó de un modo admirable—mantengo el adjetivo—varias obras de Richepin sacadas de la *Chanson des gueux*, entre otras la tremenda *Bas-se-cour*. También tuvo nuevamente el placer de escuchar al infatigable M. Bloch en el proteccionismo intelectual, en cuya conferencia fustigó asperamente el sistema *chawinista* y antihmano de la educación francesa. Y la asamblea se separó cantando de pie en coro el terrible y magnífico himno libertario:

Ouvrier, prend la machine,
Prend la terre, paysan!

Todas estas cosas me han parecido interesantes, de relatar, señor director, pues indican un gran estado de fermentación. Me aseguran varios hombres serios, que la paralización de trabajo que tendrá lugar inevitablemente después de la exposición, en esta colmena de 3,000,000 de habitantes, ha de producir consecuencias muy graves. Casi todos los diputados de París son radicales ó socialistas, como también los consejeros municipales. Por su parte, los anarquistas, sorda, pero activamente, reclutan numerosos adherentes entre los obreros más competentes y mejor pagos, y en la pequeña burguesía. Tienen un diario matutino, varios semanarios ó revistas, y sus escuelas están desparramadas en todo París, en toda Francia. Ya verá en las próximas elecciones, por las cifras de las abstenciones, cuantos progresos hemos hecho desde las últimas, me dice uno de los agitadores.—¿Y?... le contestó: no es así, con abstenciones, que van á echar abajo el gobierno.—Perdóneme: cuando nos veamos bastante numerosos, les diremos: Párense, señores, á nosotros, ¿Qué representan Vv. aquí? Agregué: Si quieren ser independientes y dichosos ¿por qué no se van á América? Allá se respira.

Me contestó: ¿Por qué nos hemos de desterrar? cuando bastaría que la mitad de la población adulta, ó sea 1,200,000 personas, de los dos departamentos de Seine y de Seine-et-Oise, trabajase 58 jornadas de 5 horas por año para alimentar á sus 4 millones de habitantes, si estuviera en vigor el comunismo anarquista.

Todo esto es muy lindo pero... Si la propiedad es un robo ¿quien agarra al ladrón? ¿Gendarme, venga!

CARLOS DE SOUSSENS.

* *

Si el precedente artículo no hubiese sido reproducido en un periódico anarquista lo habríamos pasado como desapercibido. Pero el hecho de haberlo publicado *La Protesta Humana* íntegro sin comentario, sin siquiera una triste objeción demuestra que es de su entera satisfacción.

Esto es cultivar una opinión errónea demasiado reflexiva azás pacífica, propia de los más moderados de nuestros adversarios.

Conste que nos duele el corazón ante el cuerpo herido de cualquier semejante.

Conste que aceptamos los hechos colectivos cuando estos no obedecen á ningún directorio ni á caudillo alguno. Que somos de opinión que el golpe decisivo ha de ser colectivo.

Conste que el aseo y el buen vestir es para nosotros cosa de mayor interés.

Conste que somos amantes del estudio y quieto lo que signifique progreso nos satisface.

Por eso somos anarquistas, por que solo con el triunfo de nuestro ideal, desaparecerá la miseria de todos los hogares y no habrá andrajosos por las calles.

Por eso somos anarquistas, por que solo exterminando el régimen burgués habrá campo espedito para el progreso, mediante la cultivación no obstaculizada y voluntaria de todos los individuos.

Por eso somos anarquistas, porque solo con la anarquía terminarán los episodios sangrientos que constantemente salpican nuestros rostros que irritan nuestros ánimos y nos tiene en continuo peligro...

No se puede negar que hay obreros re-

lativamente bien vestidos, pero son una minoría pues la gran mayoría estamos cubiertos de andrajos y maxilentos, pues de lo contrario no tendríamos mayores motivos de quejas de la presente organización y nos estraña que *Monsieur* Carlos de Sausens en su *expedición* á las conferencias anarquistas no haya visto á ningún obrero guñaposo.

Si hay obreros que se envenenan con ajenjo de á tres sueldos, es porque los hay que con lo que ganan en una semana no les alcanza para una botella de oporto, si hay muchos que visten de algodón en el invierno en vez de tejidos de lana, es por la misma causa.

Por otra parte, no es propio de anarquistas el ocuparse del asunto de Dreyfus, en el sentido que indica *Monsieur* Carlos de Sausens.

No protestar del calificativo de locos y fanáticos, sobre los que han cometido actos individuales, es señal afirmativa. Guardar el mismo silencio cuando dice: «No queremos la propaganda por el hecho» «¡Cuánto mal nos han traído esos locos!»

«Los atentados son individuales y por lo tanto contraproducentes». Es también señal de aprobación.

Los actos individuales ocasionan restringimiento de las leyes, persecuciones y victimas pero de esto no están exceptuados los hechos colectivos.

Entre los muchos casos que pudiéramos citar, ahí está la historia que nos relata lo que sobrevino después del 18 de Marzo de 1871, aquel fué un hecho numerosamente colectivo y le costó al proletariado francés treinta y cinco mil victimas, con sus correspondientes persecuciones y encarcelamientos.

Y aquellas fatídicas frases «mueran los lobos, las lobas y los lobesnes.»

Los sucesos de Jeréz, fueron colectivos y el verdugo, el soldado y la policía actuaron con toda la dureza y crueldad que les convino á las autoridades españolas.

Los recientes acontecimientos de Milán, colectivos también el plomo y el sable Umberto sofocarán á las mil maravillas aquellas revueltas, persecuciones y encarcelamientos no faltaron.

Un levantamiento contra los impuestos es para el gobierno motivo suficiente para imponer la ley marcial.

Las autoridades de todos los pueblos y de todas las épocas, ni aún en el terreno pacífico y cubriendo las fórmulas exigidas por sus leyes permiten manifestaciones públicas ó reservadas si así conviene á sus intereses,

El comportamiento de la policía Argentina, sobre el meeting pro revisión del proceso de Montjuich, no nos hace pasar por embusteros.

Juan Grave, Faure y los Reclus, no están libres de las garras de la burguesía, sin que ocurra ningún hecho individual.

Y sino pregúntele al primero de los

aludidos porque causa ha sido procesado y sufrido una condena.

Fácil es tachar los actos individuales de contraproducentes pero imposible el justificarlos.

¿Qué el atentado de Pallas y todo lo que le ha sucedido ha sido motivo de restringimiento á la ley de imprenta, de persecuciones y fusilamientos!

¿Quién lo niega?

¿Han interrumpido á caso la buena marcha de propaganda?

Al contrario, nunca como á raíz de un hecho se ha agitado tanto la propaganda.

El mismo exceso de arbitrariedades cometidas contra los propagandistas y las reprimendas por parte de la prensa burguesa, han producido polvaredas universales. Ha sido en estas ocasiones cuando unos en contra y otros á favor, cuando se ha tratado la cuestión social más á fondo.

Son en estos casos cuando hasta los más indiferentes despierten de su apatía queriendo saber también si el asunto que se ventila es blanco ó negro. Y como toda la razón está de nuestra parte, cuanto más se discute y se debate más va ganando nuestro ideal.

Además bajo un punto de vista, los actos individuales tienen una ventaja sobre los colectivos y consiste que una revuelta colectiva, es muy raro cuando cae un tirano, por lo general los que mueren son los proletarios unos con blusa y alpargatas, otros de uniforme y machete.

Los actos individuales casi siempre suprimen un verdugo de alta posición. No importa si el caído es varón ó hembra, lo que importa es el puesto que ocupa, la misión que desempeña, que produce la ignorancia, la miseria y legaliza el crimen.

Es muy justo que de vez en cuando, salgan de la clase oprimida algunos de esos locos de esos fanáticos y descuento algo de lo mucho que nos debe la intame burguesía, mientras que los cuerdos los sabios cargados de comiseración esperan resignados su reivindicación su libertad por medio de la persuasión.

Que por ningún hecho individual por fuerte que sea, no se ha de conseguir la transformación social. ¿Quién pretende lo contrario?

¿Pero, que hecho colectivo por sí solo ha producido un cambio radical? Ninguno absolutamente.

Toda reforma ó cambio á costado un regular número de revoluciones aunque es siempre la última la decisiva; como la rama de un arbol que se desploma al último de los veinte hachazos que ha recibido.

La sociedad tal como está es una Bastilla, un Montjuich atestado de delincuentes y torturadores cuya fortaleza hay que derribarla a toda prisa. Golpes, muchos golpes sobre ella, colectivos ó individuales.

Terminamos dejando la palabra á *Ravachol* y á otros locos.

Declaraciones de Ravachol

Si tomo la palabra, no es para defenderme de los actos de que se me acusa, porque solo la sociedad que, por su organización, pone á los hombres en continua lucha unos contra otros, es la responsable. En efecto, ¿no se ven hoy en todas las clases y funciones, personas que desean, no diré la muerte porque esto suena mal al oído, pero si la desgracia de sus semejantes, cuando eso puede proporcionarles beneficio? Ejemplo: ¿no hace un industrial votos continuos para que desaparezca su competidor? ¿no quisieran todos los comerciantes en general, y esto recíprocamente, estar solos en disfrutar las ventajas que les puede reportar esa clase de ocupación?

Para obtener trabajo, no desea el obrero desocupado que se presente un motivo cualquiera para que el que trabaja sea despedido del taller? Pues bien: en una sociedad donde se producen hechos de esa especie no hay que extrañarse cuando sucedan tambien actos del género de los que se me reprocha, las cuales no son sino la consecuencia lógica de la lucha para la existencia á que están condenados los hombres, obligados á emplear toda clase de medios para poder vivir en esta sociedad tan mal organizada. Y puesto que cada cual procura para sí, ó mejor dicho uno contra todos y todos contra uno, aquel que está en la miseria se vé forzado á pensar.

¡Pues bien! Ya que esto es así, yo no he titubeado cuando he tenido hambre en emplear los medios á mi disposición, corriendo el riesgo de hacer víctimas. Además ¿se inquietan los patronos de la condición de sus operarios cuando los despiden de la fábrica ó taller? ¿Se ocupan aquellos que disponen de lo superfluo de si hay gentes que no tienen lo absolutamente indispensable para vivir?

Es verdad que hay algunos ricos que dan ó prestarán socorro, pero son impotentes para remediar á tantos necesitados y que mueren prematuramente, consecuencia de privaciones de toda clase, ó, voluntariamente por los suicidios de todo género, para poner fin á una existencia miserable, y no tener que soportar los rigores del hambre, las vergüenzas, las humillaciones innumerables á las que no tiene esperanza de ver terminar.

Así lo han hecho la familia Hayem la pobre mujer Souhein, que ha dado muerte á sus hijos para no verles por más tiempo padecer las torturas del hambre, y todas las mujeres que, en temor de no poder alimentar un hijo, no vacilan en comprometer su

salud y su vida, destruyendo aun en sus entrañas al fruto de sus amores.

¡Y todas esas cosas pasan en medio de la abundancia de todas especies de productos!

Se comprendería que esto tuviera lugar en un país donde los productos fueran escasos. Pero en Francia, ¿donde reina la abundancia, donde las carnicerías están cubiertas de carnes, las panaderías de pan, los vestidos y el calzado están apretados hasta no haber más en las tiendas, donde se pudren los alimentos en los almacenes por no poder comprarlos ni consumirlos los necesitados trabajadores que los han creado, donde hay tantas habitaciones deshabitadas!

¿Cómo admitir que todo está bien en la sociedad, cuando se vé lo contrario en una manera tan clara?

Hay gentes que lamentarán todas estas victimas, pero dirán que no pueden remediar nada.

¡Qué cada uno se arregle como pueda! El que trabajando le falte lo necesario, ¿qué puede hacer cuando se queda sin trabajo? ¿No tiene otro recurso que morirse de hambre! Después se dirigirán cuatro palabras de compasión sobre su cadáver. Eso, yo lo he dejado para otros. He preferido hacerme contrabandista, monedero falso, ladrón y asesino. Habría podido mendigar; pero no hasta esto, que es degradante y cobarde, está prohibido y castigado por vuestras leyes, las que hacen un delito de la miseria.

Si todos los necesitados, en lugar de esperar, tomaran de allí donde hay, no importa por cuales medios, los satisfechos comprenderían, tal vez más pronto, que corren peligro al querer perpetuar el estado social actual, en el que la incertidumbre es permanente y la vida amenazada á cada instante.

Se acabará, indudablemente, más pronto, por comprender que los anarquistas tienen razón cuando dicen que, para disfrutar de la tranquilidad moral y física, es necesario destruir las causas que engendran los crímenes y los criminales. No es suprimiendo al que antes de morir lentamente á causa de las privaciones sufridas y por sufrir, sin esperanza de jamás acabar, prefiere, si tiene un poco de energía, tomar violentamente la que pueda asegurar su bienestar aun con el peligro de su propia vida, lo único que pueda dar término á sus sufrimientos.

Hé aquí por qué he cometido los actos que se me reprochan y que no son sino la consecuencia lógica del estado bárbaro de una sociedad que no hace sino aumentar más el número de víctimas con el rigor de sus leyes, que castigan los efectos sin jamás tocar las causas.

Se dice que es preciso ser cruel para dar muerte á su semejante, y los que así hablan no ven que, cuando uno toma tal resolución es para evitar la muerte de si propio.

Vosotros mismos, señores jurados, que, sin duda vais á condenarme á la pena de muerte, porque creéis que esto es una necesidad y mi desaparición será una satisfacción para vosotros, los que tenéis horror de ver correr sangre humana, pero que, cuando creéis útil vertirla para seguridad de vuestra existencia no vacilaréis tanto como yo en hacerlo con la sola diferencia de que vosotros lo haréis sin correr ningun riesgo, mientras que yo, al contrario, obraba con peligro de mi libertad y mi vida.

Con que señores, ya no hay criminales para juzgar, pero sí, las causas de los crímenes á destruir. Creando los artículos del Código, los legisladores se han olvidado de atacar las causas, atacando simplemente los efectos, y entonces, de ningun modo han destruido el crimen; en verdad, existiendo las causas, siempre los efectos serán su consecuencia.

Habrà siempre criminales, y aunque hoy os deshegais de uno, mañana nacerán diez. ¿Qué hacer entonces? Destruir la miseria, que es el germen del crimen, asegurando á cada uno la satisfacción de todas sus necesidades. ¡Y cuan fácil es realizar esto! Bastaría establecer la sociedad sobre nuevas bases, en la que todo fuera en común, y cada cual, produciendo según sus aptitudes y sus fuerzas, pudiera consumir según sus necesidades.

Entonces, no habría más gentes, como el ermitaño de Notre-Dame y otros que mendigasen un metal del que se tornan esclavos y víctimas! No se verían más mujeres ceder su cuerpo, como vulgar mercancía, á cambio de este mismo metal, que nos impide, muchas veces, reconocer si la afección es sincera. No más, se verían hombres como Pranzini, Prado, Berland, Anastay y otros que, siempre, para obtener este mismo metal, ¡llegan á dar muerte á otros! Esto demuestra claramente que la causa de todos los crímenes, en todos los casos, es la misma, y que es preciso ser verdaderamente insensato para no verlo.

Si; lo repito: es la sociedad que hace los criminales, y, vosotros, jurados, en lugar de castigarlos, deberíais emplear vuestra inteligencia y vuestras fuerzas para transformar la sociedad. De una vez suprimierais todos los crímenes, y vuestra obra, atacando las causas, sería más buena, más grande y más fecunda, que no vuestra *justicia*, que se entretiene castigando los efectos.

No soy sino un obrero, sin instruc-

ción; pero por haber vivido la vida de los miserables, sé mejor que el rico burgués la iniquidad de vuestras leyes represivas.

¿De dónde os viene el derecho de matar y encerrar á un hombre que, puesto en la tierra, con la necesidad de vivir, se ha visto en el caso de tomar lo que le faltaba para alimentarse?

Yo he trabajado para vivir y poder hacer vivir los míos, y en tanto que ni yo ni los míos no hemos sufrido hasta el colmo, he sido lo que vosotros llamáis un hombre honrado. Después, el trabajo me ha faltado, y en esto ha venido el hambre. Entonces esta gran ley de la naturaleza, esta voz imperiosa que no admite réplica, el *instinto de conservación*, me abligó á cometer ciertos crímenes y delitos que vosotros me echáis en cara, y de los que me confieso ser el autor.

¡Juzgadme, señores jurados! Pero, si me habéis comprendido, juzgándome, juzgáis también á todos los desgraciados que la miseria, junto con la natural dignidad han hecho criminales. Los que la riqueza, el bienestar mismo les había hecho gentes honradas! ¡Los que una sociedad inteligente les habría hecho personas como todas las demás.

La sociedad ni puede corregirse ni quiere ser corregida. Por eso somos partidarios de los medios violentos. Atacamos al mal donde quiera que se halle. La sociedad es malísima y queremos destruirla. Para lograrlo bastará con nuestra piqueta y la propia descomposición social. Representamos al progreso y la más grande tiranía nada podrá contra la idea del porvenir. Poseemos abnegación, voluntad, criterio y entusiasmo. Las balas se estrellarán contra nuestro entusiasmo; las persecuciones contra nuestra voluntad inquebrantable.

Los organismos todos del actual estado de cosas se oponen al desenvolvimiento de nuestras ideas, y como tenemos la completa seguridad de que por el convencimiento nada lograremos de los que, por egoísmo é ignorancia, no han de dejarse convencer, hemos adoptado la táctica de vencerlos.

Para las víctimas de esta lucha contra la sociedad ni compasión queremos pedir, pero puede estar segura que aquella no la ha de obtener de nosotros.

Entre los anarquistas y la sociedad, entre los hombres de mañana y los hombres de hoy, hay declarada una lucha tenaz. Sufriremos, pero venceremos: el tiempo es nuestro.

Contra ella usamos distintas armas según el temperamento, la educación, la miseria y las injusticias de que somos víctimas.

No hay medios únicos ni medios preferidos: son buenos todos los que disgregan los cimientos sociales.

El que tiene medios para dirigirse á la inteligencia á ella se dirige; el que tiene el temperamento apropiado para luchar con la fuerza, con la fuerza lucha. El que ha sufrido suficientes injusticias y suficiente miseria para obrar como Pallás y como él obra, nosotros no podemos ni debemos condenarle.

La sociedad contesta con la guerra. ¿Acaso pedimos perdón?

La fuerza con la fuerza se repele y merecerá bien de la sociedad futura todos los que, habiendo de morir de anemia por miseria, alcancen la muerte de Pallás.

El sentimentalismo es de obstáculo en las épocas revolucionarias. Cuando hay que amputar una pierna el médico ha de dejar el paso libre al cirujano, el moralista al revolucionario. J. MONTSENY

¿Quién es Martínez Campos? Un déspota, un tirano, un servidor de la burguesía, uno de los más refinados verdugos de la humanidad. Un aventurero que en distintas ocasiones ha puesto á dos ejércitos uno frente á otro y ha hecho que se destruyeran mutuamente, con el objeto de que los montones de cadáveres de tantas víctimas le sirvieran de eslabón para escalar el poder, y una vez en él esgrimir el látigo y azotar cobardemente al pueblo.

¿Quién era Pallás? Un ser que desde su infancia venía siendo víctima de la bárbara explotación del hombre por el hombre, gracias á la cual se enriquece y vive en la holganza la burguesía, y que harto ya de sufrir por más tiempo las infamias á que le condenaba á estar sujeto la sociedad presente; se rebeló contra uno de sus más potentes sostenedores, contra un tirano que obsequia con plomo al pueblo cuando hambriento pide pan.

No hay que dudar, pues, de que la lógica está de parte de nuestro querido compañero, que gustoso dió la vida y derramó su sangre en holocausto de la emancipación de los pueblos.

¡Proletarios del universo! Tened presente á los dos. Al primero para maldecirle; al segundo para imitarle. J. E.

Estas lágrimas de una madre costarán rios de sangre á la burguesía. ¡Muera la infame burguesía! ¡Viva la Revolución Social! ¡Viva la Anarquía!—PALLÁS.

Si algún día, dijo Pallás á sus hijos, oís decir que me mataron por criminal, contestad que es mentira y asegudad que he muerto luchando para dar pan á mi familia y á la humanidad.

Al firmar mi propia sentencia firmo la del fiscal—PALLÁS.

¿Qué formas tomará la agitación?

La agitación tomará todas las formas; y serán tan variadas como las circunstancias que las impulsan. Ora lúgubre, ora satírica, pero siempre audaz, ora colectiva, ora simplemente individual, la agitación no despreciará ninguno de los medios á su alcance, ninguna circunstancia de la vida pública para mantener siempre el espíritu despierto, para propagar y formular el descontento, para excitar el odio contra los explotadores, ridiculizar á los gobernantes, demostrar la debilidad de las autoridades, y más que todo y ante todo para despertar la audacia y el espíritu de rebeldía, predicando con el ejemplo. P. KROPTKINE.

Existen, no obstante, algunos timoratos que creen honradamente en la evolución de las ideas, y que, con todo, por un sentimiento de temor instintivo, desean evitar toda revolución. Estos la evocan y la conjuran al mismo tiempo; critican la sociedad presente y *vishumbren* la sociedad futura con *vaga esperanza* de que aparecerá de repente por una especie de milagro, sin

que se produzca el chasquido de la ruptura entre el mundo pasado y el futuro. Seres incompletos, tienen sólo el deseo, sin la idea del mismo; piensan en algo, pero ignoran lo que desean. Perteneciendo á los dos mundos á la vez, están fatalmente condenados á traicionar al uno y al otro: en la sociedad de los conservadores, son un elemento de disolución por sus ideas y por su lenguaje; en la de los revolucionarios, se convierten en partidarios acérrimos de la reacción, abjurando sus instintos de juventud. ELISEO RECLUS.

DE HENRY Á CASERIO

El inmenso pueblo bulle y se afana En rededor de la guillotina criminal y afrentosa Las gradas sube un martir con serenidad pasmosa Que espera el fin de su existencia sana... Cae la cabeza... Espira... La injusticia humana Ha cumplido su fallo infame y rencoroso; El estúpido verdugo desciende tembloroso, Y dobla con odio sarcasmo una campana. Corre la muchedumbre al parecer serena, Comentando aquel trágico destino... De pronto un grito, de terror resuena: Es Caserio, que á los lídes del camino, De sangre tiñe la fatal escena. (¡Hizo justicia!) ¡Dando muerte al asesino! (De El Esclavo).

HURRA!

¡Salve, salve, Miguel Angiolillo! ¡Gloria, gloria á tu genio profundo! Que en buen hora has quitado del mundo A ese monstruo funesto y atroz. Quién te nombre asesino blasfema, Ni conoce el valor de tu hazana, Pues quién mata á una vil alimaña Salva al mundo de un monstruo feroz. Libertarios del pueblo oprimido! Imitemos al genio preclaro Que ha podido de un sólo disparo De aquel hombre doblar la altivez. Que resuenen los roncós tambores Y el moderno cañón repotente Repercuta de Oriente á Occidente Y haga trizas el mundo burgués. LUZ H. VALDESPINO.

ANGIOLILLO.

Fué un valiente y un mártir, ¡as dos cosas! Pues en manos del déspota espiró, Su memoria de todos tan querida Ha de ser de eternal recordación. El, al *Monstruo* fatal en un instante Audáz y valeroso derribó, Siendo de los obreros torturados El más justo y terrible vengador. El ofreció su vida generosa Por amor á la dicha universal; El odiaba de muerte á los tiranos Y adoraba la santa Libertad. El, que supo morir heroicamente Sin sentirse jamás acobardar, En el último instante esta palabra Marmuró sólamente: ¡Germinal...! ALVARO DEL ROSAL.

Después de las consideraciones opuestas por nosotros y de las opiniones de varios compañeros que aquí publicamos no nos queda más que decir que el perjuicio, siempre el perjuicio, empuja á la humanidad á no pensar con el propia cerebro y á no obrar sino de acuerdo con la opinión ajena y aquí nos sea permitido repetir las frases de Federico Urales al hablar del cristianismo, cnyas son aplicables en este caso:

«Es mejor llegar tarde que no llegar; y no por hacer más aceptable el ideal, hemos de exponerlo á la muerte».

LA REDACCIÓN.